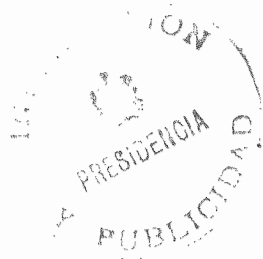


DISCURSO RADIADO POR EL HONORABLE SEÑOR PRESI-  
DENTE DE LA REPUBLICA, DOCTOR CARLOS PRIO SOCA  
RRAS, LA NOCHE DEL 3 DE FEBRERO DE 1950.-

- - - - -



Cubanos:-

Ya todos ustedes saben que en el día de ayer los Ministros del Gobierno presentaron renuncia colectiva de sus cargos. Esto quiere decir que se ha llegado a una crisis total de Gabinete, y es necesario que sepan qué persigue el Presidente de la República al resolver esta nueva situación. Pues que el pueblo me eligió y para el pueblo gobierno, es a él a quien debo la explicación que mis palabras de hoy, conllevan.

En primer lugar, a nadie escapará la noción de que la crisis total ya mencionada significa que al cabo de un año y cuatro meses presidiendo la República, he logrado romper la última amarra que ligaba mi régimen a factores políticos entorpecedores, y, libre de escollos, puedo abandonar del todo las componendas a que me forzaba la mala herencia, y lanzarme ya, resueltamente, por el camino abierto de un gobierno como lo quiere el pueblo, como lo demanda el verdadero autenticismo y como lo exigen mi historia revolucionaria y mi responsabilidad de gobernante.

Esto no significa que haya elegido un equipo ministerial de apolíticos, que ninguna experiencia tendrían en la vida pública, ni que haya procedido con olvido de que la función de gobernar requiere la utilización de aquellos que faciliten el buen entendimiento entre los poderes del Estado y entre el Ejecutivo y el partido que lo sostiene. Quiere decir, eso sí, que en el campo de los que de una manera u otra han actuado, bien para asegurar la democracia en este país, bien para superar épocas críticas, que han dado su voto al autenticismo, he seleccionado los que lucen más adecuados para el papel que cada uno ha de jugar.

Al formar el nuevo Gabinete no he tomado en cuenta otras razones. Y es oportuno que declare aquí mi gratitud por la patriótica conducta que han observado los jefes provincia-

les del Partido Revolucionario Cubano y sus más cercanos colaboradores, los cuales han respetado y adoptado mi propósito de designar Ministros con el único criterio del mejor servicio a la República. Igual conducta han seguido los jefes de nuestro aliado el Partido Demócrata. Es oportuno también agradecer a los que hasta hoy han sido mis colaboradores y a los que seguirán siéndolo, la ayuda que me han prestado para que a esta fecha pudiera, como lo hago, iniciar una etapa nueva en la historia de la Revolución.

Yo resulté electo Presidente de Cuba, por la voluntad del pueblo, el primero de junio de 1948. Pero entre ese día y aquel en que debía hacerme cargo del poder, una inexplicable voluntad de entorpecimientos para el régimen que yo iba a encabezar ganó a varios jefes del Gobierno y de mi Partido, a tal extremo que con el peor de los enemigos no se justificaba conducta igual.

Yo estaba dispuesto, y así lo dije en actos públicos, a mantener en vigor los aciertos del Doctor Grau; pero yo no podía ser un buen auténtico, ni un buen cubano, ni un Presidente digno, si no estaba dispuesto también a enmendar sus errores. Mi afecto sincero por el Doctor Grau, que nadie puso en duda jamás; mi lealtad hacia el Partido Revolucionario Cubano y hacia su jefe, que hasta el más lego en la materia ha podido reconocer, me imponían una especial delicadeza en los procedimientos a la hora de desterrar, como se ha hecho, males que florecieron en algunas ramas de la Administración, la prepotencia consentida en la jefatura de las Fuerzas Armadas, el impedimento de una alianza política, cuya jefatura el pueblo y el Partido toleraban pero no admitían como una fraternidad perpetua, y los daños causados por quien, debido a que me antecedió en la Presidencia de la República y a razones de jerarquía en el Partido de Gobierno, debió haber puesto su experiencia al servicio de un régimen que por lo menos en lo ideológico era continuación del suyo, o su

silencio al servicio de su propia historia, jamás la palabra demagógica en la tarea de la división.

Agobiado por la serie abrumadora de compromisos que yo no contraí, sino que acumularon los errores ajenos, y por males que a poco más paralizan la maquinaria de la Administración, mi Gobierno debió dedicar la mayor parte del tiempo que lleva en el poder, no a continuar proyectos o a iniciar otros, sino a sortear dificultades de gran monto. Esas dificultades eran políticas, sociales y administrativas.

En el orden político se destacaban la necesidad de limpiar el Gobierno de ciertas nefastas influencias que alcanzaron aterradora magnitud antes del 10 de Octubre de 1948, la de rescatar la autoridad civil, y la de crear en el país un clima de convivencia humana, que el odio sectario y las pistolas sangui-narias habían desterrado de Cuba. En lo social, se hallaban la de hacer asequible al pueblo los precios de la comida, que la criminal sed de riquezas había puesto en las nubes, y la de parar en seco, con una paz social que facilitara la producción nacional, la guerra perpetua entre patronos y obreros, con la cual íbamos a toda marcha hacia un desastre económico de magnas proporciones. En lo administrativo, había que dar presupuestos a la nación y consolidar la economía con la creación de una banca que durante muchos años se ofreció a cambio de votos.

Resueltas ya las dificultades políticas, con una acción persistente cuya culminación ha sido la ruptura de la Alianza; asegurado el orden social con una política justa para las clases en pugna y con una rebaja drástica de precios que empezó al día siguiente de mi toma de posesión, y en gran parte dominadas las administrativas que más escándalo producían, voy ahora a implantar un tipo de régimen que recoja las esencias superiores de la generación que se sacrificó en la lucha contra la tiranía, que utilice a los mejores hombres del autenticismo y que abone el terreno para que la Revolución se fortalezca en la con-

ciencia nacional, alimentada por hechos concretos en los que resplandezcan la capacidad, la honestidad y el amor de los cubanos por su patria.

El Partido Auténtico, que fué el instrumento de la Revolución, debe serlo ahora y deberá serlo en el porvenir durante muchos años. Pero ese Partido, que es el nuestro, necesita ser salvado mediante el crédito que le gane en el corazón del pueblo una obra de gobierno sin mácula. Porque en los últimos tiempos, cubanos, el autenticismo ha estado convirtiéndose en maquinaria política sin más ambición que el dominio circunstancial de sus organismos electorales. Yo he padecido por tal razón muchos desvelos y me juré a mí mismo luchar, sin estridencias, en silencio, pero con tesón, para devolver al Partido su antiguo ímpetu revolucionario. Yo creí que a mí, y a nadie más, me tocaba hacerlo, porque fui yo quien propuse, el histórico día de su fundación, el nombre que lo ligaba, y lo comprometía, con el Partido glorioso de José Martí.

El fruto de esa silenciosa lucha mía empieza ahora y lo cosecharán la República y la juventud. Detrás de nosotros una nueva generación ha nacido, y otra vendrá tras ésa. Los jóvenes aspiran a servir al pueblo en funciones de Gobierno, que se conquistan siempre desde un Partido; y un joven no puede ingresar en un organismo político al que cree tarado por males o cuyos puestos de mando no se renuevan con la necesaria frecuencia que la democracia exige.

Fuimos nosotros, los muchachos de 1930, los que marcamos con un estigma ardiente los procedimientos de la política tradicional, y sería monstruoso que permitiéramos su victoria en las huestes que fundamos para combatirlos. Hagamos del autenticismo el hogar limpio y justo de las ideas de superación y el instrumento idóneo para librar la lucha por una Cuba cada vez más rica, más libre, más culta.

Yo no quiero que los jóvenes de hoy y de mañana tengan que padecer lo que nosotros padecimos veinte años atrás. Pero sí deseamos evitar ese sufrimiento a los que nos siguen, es necesario que terminemos nuestra obra con la altura y la dignidad con que entonces la empezamos. Yo abro esta noche, con la inauguración del tipo de gobierno que el pueblo quiere, las puertas del autenticismo para que entren en él los jóvenes que padecen la posesión de un ideal político, los sin partido que repudian la permanente componenda, las mujeres que ansían una sociedad digna.

Frente a esta disposición mía, que es la única llamada a satisfacer la demanda popular y mi historia revolucionaria, los jerarcas de la politiquería se han unido, como todo el pueblo sabe, para minar la fe de los cubanos en mi gobierno. Tres conocidas figuras que coinciden en el odio o en la ambición, no en la ideología ni en propósitos de mejoramiento nacional, suman sus huestes para tales fines. En lugar de responder a ese plan designando un Gabinete electoral, que ponga los recursos del Estado a favor de los candidatos afines al Gobierno, yo respondo designando un cuerpo de Ministros que asegure, con su solo prestigio, la moral revolucionaria y no el control de los votos. Frente a las maquinaciones guiadas por pasiones personales, pongo, cubanos, el espíritu de la Revolución.

El nuevo Gabinete tiene ya encargo de elaborar un presupuesto que enmiende los defectos que tuvo el actual. Al cabo de once años sin Ley de Gastos, el cúmulo de innovaciones de toda índole introducidas caprichosamente en la maquinaria de la Administración, y la escasez de tiempo de que se dispuso, propiciaron algunos errores a la hora de formular el presupuesto. Pero yo preferí no dilatar su aprobación, porque la República necesitaba esa Ley, aunque fuera defectuosa. Esos errores serán subsanados ahora; el nuevo presupuesto tendrá como fin principal la atención al servicio; será aprobado sin duda alguna, y se cumplirá totalmente, porque es mi propósito que nada se haga desde el Gobierno fuera de él.

El nuevo Gabinete tiene el encargo expreso de poner en práctica el programa que ofrecí al pueblo durante la campaña política que precedió a mi elección, y para tal fin he pedido a cada Ministro que -

elabore el programa de acción de su departamento con vistas a dejar satisfecho cabalmente el que ustedes me oyeron antes del primero de junio de 1948. Una vez aprobados, esos programas de acción serán del dominio público. Quiero que ustedes los conozcan para que puedan demandar su cumplimiento. El pueblo tiene tanto derecho a reclamar de cada funcionario el cumplimiento de las promesas hechas en razón de su cargo, como cada hombre tiene el de reclamar que otro le cumpla la palabra dada; y yo quiero que el pueblo ejerza ese derecho, pues por tal camino se marcha con seguridad hacia la consolidación del sistema democrático.

He designado nuevos hombres, pero mantengo enérgicamente mi programa porque entiendo que las medidas que él contiene son necesidades del país. Y a esos hombres que forman el nuevo Gabinete les he pedido que procedan sin pérdida de tiempo a proseguir, con mayor ímpetu, el plan de desarrollo de la economía cubana de acuerdo con el proyecto elaborado por la Junta Nacional de Economía, cuyas bases están en la Banca Central y en el incremento de los caminos vecinales; les he pedido que no escatimen medios para lograr la desaparición de las filtraciones en la recaudación y la aplicación equitativa, útil y honesta de los dineros que figuran en presupuesto o que ingresen por virtud de operaciones de crédito extraordinarias; les he pedido que prosigan rescatando a la niñez y a la juventud de influencias perniciosas con una política educativa que mejore a las nuevas generaciones mediante el deporte y la educación cívica.

Yo sé bien lo que mi régimen arriesga al producirse con la limpieza que en mi campaña electoral ofrecí a Cuba. No ignoro que aquellos que han estado utilizando el autenticismo como un medio propicio a la satisfacción de sus ambiciones personales, desertarán para unirse a mis adversarios; no ignoro que una política de honestidad va a encontrar graves obstáculos en los contribuyentes que tienen por costumbre defraudar el fisco. En cuanto a los primeros, desde ahora los invito a alejarse cuanto antes, para que llenen sus huecos las legiones de jóvenes, de hombres sin partido y de mujeres que han de venir a cerrar filas con nosotros; en cuanto a los segundos, les advierto que el Estado tiene sus medios para aplicar la ley, y que

la aplicará sin tibiezas. La época de las componendas y de las vacilaciones ha terminado. Vamos a luchar contra los males tradicionales con el mismo coraje con que luchamos contra la dictadura, y lo haremos utilizando sólo los medios que la Constitución y las leyes han puesto en nuestras manos.

Tal vez muchos de ustedes piensen que estoy hablando como un aspirante a la primera magistratura de la nación, deseoso de ganar electores. Pero la que están oyendo es la palabra de un Presidente en posesión de su cargo, bien consciente de la función que desempeña. No tengo voto alguno que buscar. No depende ahora de ustedes que yo sea o no Presidente. Depende de mí, de mi voluntad de cubano y de mi pasado revolucionario, que se cumpla mi propósito de salir de Palacio con la frente alta y la conciencia en paz.

Creo que al instaurar en el Gobierno la ley moral de la generación de 1930, estoy interpretando el deseo del pueblo y honrando la memoria de los compañeros que cayeron por ver sus ideales ejecutados desde el gobierno del país.

Creo eso firmemente; y aquel que me considere equivocado, que se lo diga al pueblo. El, que entre cuatro candidatos me escogió para gobernarlo, sabrá responder que su Presidente tiene la voluntad de servirlo y el sincero deseo de acertar. ¡Y yo, cubanos, no oiré voz alguna opuesta a ese designio, porque lo que estoy tratando de ganar desde Palacio no son los votos de mis conciudadanos, sino el voto supremo de la posteridad!

He dicho.